

## V DOMINGO DE CUARESMA C/2007

Nuestro Dios es Dios indulgente y misericordioso que no nos lleva cuenta de nuestros pecados que hemos cometido en el pasado. El está siempre ahí dispuesto a ofrecernos su ayuda para volver a El. Es de lo que nos hablan las lecturas de este domingo.

En la primera lectura, Isaías nos habla del tema de la piedad de Dios en la historia de Israel. Así como todos sabemos, Dios ha hecho grandes cosas para Israel. Por Abraham, él eligió Israel para ser su propio pueblo particular entre las naciones. Cuando ellos estaban en la esclavitud en Egipto, él intervino para liberarlos; él los protegió en difícil paso del desierto y los dio la posesión de una Tierra.

Pero que ironía de la historia, el pueblo de Israel está ahora otra vez en el exilio en Babilonia. Todo lo que ellos han experimentado de la mano de Dios se ha vuelto como una desilusión. Ellos sienten nostalgia del pasado que ellos no pueden recuperar. Es como si Dios los haya abandonado sin esperanza.

En medio de esta desesperación, Dios envió a Isaías para tranquilizarles que él está siempre con ellos. Él está a punto de hacer algo nuevo para ellos. Lo que él está a punto de hacer debe ponerlos exactamente en libertad y devolverlos a su país. Además, a fin de hacer su presente viaje, él preparará un camino en el desierto; para apagar su sed, él proporcionará manantiales de agua y ellos beberán en la misma fuente con animales, como al principio del mundo.

Lo que el profeta quiere decirles a los israelitas es que el pasado pertenece al pasado; esto no vale la pena ser recordado, porque Dios es Dios sin precedentes que hace todo nuevo. Las maravillas que él ha hecho en el pasado, él puede hacer otra vez hoy. Él puede hacer cosas muy sorprendentes para su pueblo. Con Dios un nuevo futuro es siempre posible, pero no puede ser construido si nosotros mismos insistimos en vivir en el pasado, sino mejor dicho viendo hacia el futuro. Por eso el pueblo tiene que creer en el futuro y olvidar el pasado y sus atracciones.

El mismo mensaje es el punto de la carta a los Filipenses. San Pablo dice que por Cristo ha abandonado todo. Su pasado, tan glorioso como pudo haber sido, no le interesa más. Lo que le interesa a él ahora es conocer a Cristo y pertenecer a El. Conocer a Cristo significa acercarse a El, preferirlo a El y compartir en su vida. Desde de este momento, en sus ojos están fijados en el futuro y no el pasado. Todos los esfuerzos de San Pablo están encaminados a ser mejor, y poseer a Cristo como Cristo lo ha hecho de él.

Para romper con el pasado necesitamos dejar el pasado atrás y creer en la posibilidad del futuro. Esto es lo que Jesús le propone a la mujer adúltera a quien le trajeron en el Evangelio de hoy. Para entender mejor la gravedad de lo que pasa aquí, tenemos que recordar que la Ley de Moisés era muy estricta sobre el adulterio. De ningún modo y sin tener en cuenta circunstancias, el adulterio era la muerte.

En esta perspectiva, cuando los Fariseos vienen a Jesús con esta mujer ellos quieren no solamente ponerle una trampa a él, sino también confundirlo, porque ellos seguramente sabían que hacer en este caso, por lo que ellos no necesitaban la opinión de Jesús. Sin embargo, la reacción de Jesús los bajó de su pedestal y les trajo para afrontar la realidad de su propia vida.

En primer lugar: ¿es tan fácil juzgar a otros, ver el malo que ellos hacen y acusarlos de la mala conducta, pero y nosotros? ¿Somos perfectos? Lo que Jesús hace debe traer simplemente a su conciencia el hecho que quienquiera juzgar fácilmente esta olvidando que la fragilidad humana es muy común. Es hipócrita y deshonesto para sólo mirar los pecados de otros y olvidar los propios. Comience a limpiar su propia casa antes de limpiar la de tu hermano. Esto es por lo que Jesús dijo, “Aquel de ustedes que no tenga pecado, que le tire la primera piedra”.

Haciendo esto, Jesús no esta justificando el adulterio ni el pecado, ni tampoco le dice a la mujer que es inocente, ni la elogia por lo que ella ha hecho. Un pecado es un pecado y debería ser condenado. Sin embargo, Jesús no condena al pecador en su situación pecadora. Al contrario, él da él o ella una oportunidad de arrepentirse, confiar en la piedad de Dios y cambiar. La voluntad de su Padre es exactamente que cualquier pecador puede arrepentirse y cambiar su vida para lo mejor. Es la razón por qué él no condena a la mujer, a diferencia de los Fariseos.

De hecho, los psicólogos han indicado que la gente que condena fácilmente, por lo generalmente están tratando de esconder su propia culpa. Los chismes, la crítica, el juzgar duramente, teniendo el placer en escándalos que se extienden son sólo un modo de esconder nuestras propias faltas. Cuando la gente hace cosas así, ellos sólo tratan de evadir sus propios pecados desacreditando a los demás. La psicología también puede demostrar que normalmente sólo vemos las faltas en los otros, que de algún modo, son las mismas faltas que nosotros llevamos dentro.

Como Jesús esta sin pecado, él se pone en una posición de entender la miseria de esta mujer, y el es el único que puede perdonarla. La reacción de Jesús nos enseña también que hay dos clases justicia, a saber la justicia que se basa en la ley y la que se basa en el amor. La justicia de la ley existe a fin de juzgar, condenar y castigar; la justicia del amor existe a fin de perdonar y salvar. Dios nuestro Padre nos ama demasiado que él quiere que nosotros vivamos y no muramos. Por esto él nos perdona y quiere que nosotros nos cambiemos.

Las últimas palabras de Jesús a la mujer, “Vete y ya no vuelvas a pecar” revelan el desafío ante el cual nos encontramos cada vez que son perdonados nuestros pecados: ¿Cómo podemos construir un nuevo futuro con la gracia del perdón que Dios nos da par hacernos mejor? Dios detesta el pecado, pero él ama al pecador. Por eso él nos perdona cuando nos arrepentimos y confesamos nuestros pecados, y con su gracia nos proponemos a no pecar más. Usemos este tiempo de Cuaresma para reflexionar y mejorar. No perdamos la oportunidad de abandonar nuestro pasado de malas acciones. Pidamos al Señor que nos ayude a renunciar a nuestros pecados, arrepintiéndonos sinceramente y así recibir su perdón y nuestra salvación. ¡Que Dios los bendiga a todos!



Fecha de Sermón: Marza 25, 2007  
© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala  
Contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)  
Nombre de Archivo: 20070325homilia.pdf